Dos cuentos con papá

PATRICIA IGLESIAS TORRES

Ilustraciones RODRIGO FOLGUEIRA



longseller

Dos cuentos con papá

Dos cuentos con papá
© Longseller, 2015

Autor: Patricia Iglesias Torres
Directora de colección: Teresita Valdettaro
Edición: Érica Marino
Diagramación: Sebastián Cremonese
Ilustraciones: Rodrigo Folgueira
Corrección: Judith Jamschon

Longseller S.A.
Av. San Juan 777, 2° piso
(C1147AAF) CABA, Argentina
www.longseller.com.ar
ventas@longseller.com.ar

Primera edición

Iglesias Torres, Patricia de
Dos cuentos con papá. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Longseller, 2015.
E-Book.

ISBN 978-987-683-417-9

1. Narrativa Infantil Argentina. 2. Cuentos.
CDD A863.928 2

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la tapa, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

PATRICIA IGLESIAS TORRES

Dos cuentos con papá

Ilustraciones de RODRIGO FOLGUEIRA

Longseller

A Milagros, Mercedes y Santiago, que me conmueven para seguir escribiendo.

A Rogelio, que me impulsa y abraza desde las letras iniciales.

A Elba y Pepe, que me enseñaron la primera palabra.

A Mónica que sigue estando.

Agradecimientos:

A Teresita Valdettaro, por leer y confiar en estos cuentos.

A Beatriz Grinberg y Érica Marino, por hacer realidad este proyecto.

Domingo, pastel de papas





El domingo me pasó algo raro. Mi papá estaba resfriado, y si bien esto es extraño, porque difícilmente se queda en la cama, no fue lo más insólito del domingo. No.

Mi papá se llama Ernesto y es cocinero. Cocina por profesión y por gusto. Sí, en mi casa todas las comidas las hace él.

Antes de irse, mi mamá me dijo:

—Ramiro, en la heladera hay unos ravioles con crema, solo tenés que calentarlos en el microondas.

"Uf, justo la comida que no me gusta: ravioles. Ramiro, esta es tu oportunidad de demostrar que sos un gran cocinero", pensé. Y ahí estaba yo, abriendo la heladera y buscando qué cocinar. Había unas cuantas cosas atractivas, como masa de empanadas, carne picada, jamón, huevos... Antes de hacer macanas y usar algo que necesitara mi papá para





el lunes en el restaurante, fui hasta su habitación y le dije:

—Paaaa, ¿puedo usar la carne picada que hay en la heladera?

Mi papá, que dormía como un angelito, me dijo entre sueños:

—Es para hacer un pastel de papas.

—¿Para nosotros? —le pregunté.

—Emmm, sí —me contestó, mientras se abrazaba a la almohada.

—¡Listo! —dije, y me fui corriendo a la cocina.

Primero lo primero. Busqué el cuaderno verde, el de las recetas; siempre que ayudo a mi papá a cocinar, anoto lo que vamos haciendo. Tiempo atrás, habíamos cocinado un pastel de papas... así que solo había que ubicar la receta. La encontré y leí:

Pastel de papas de papá

Ingredientes:

Puré de papas (papas-leche-manteca)

Cebolla

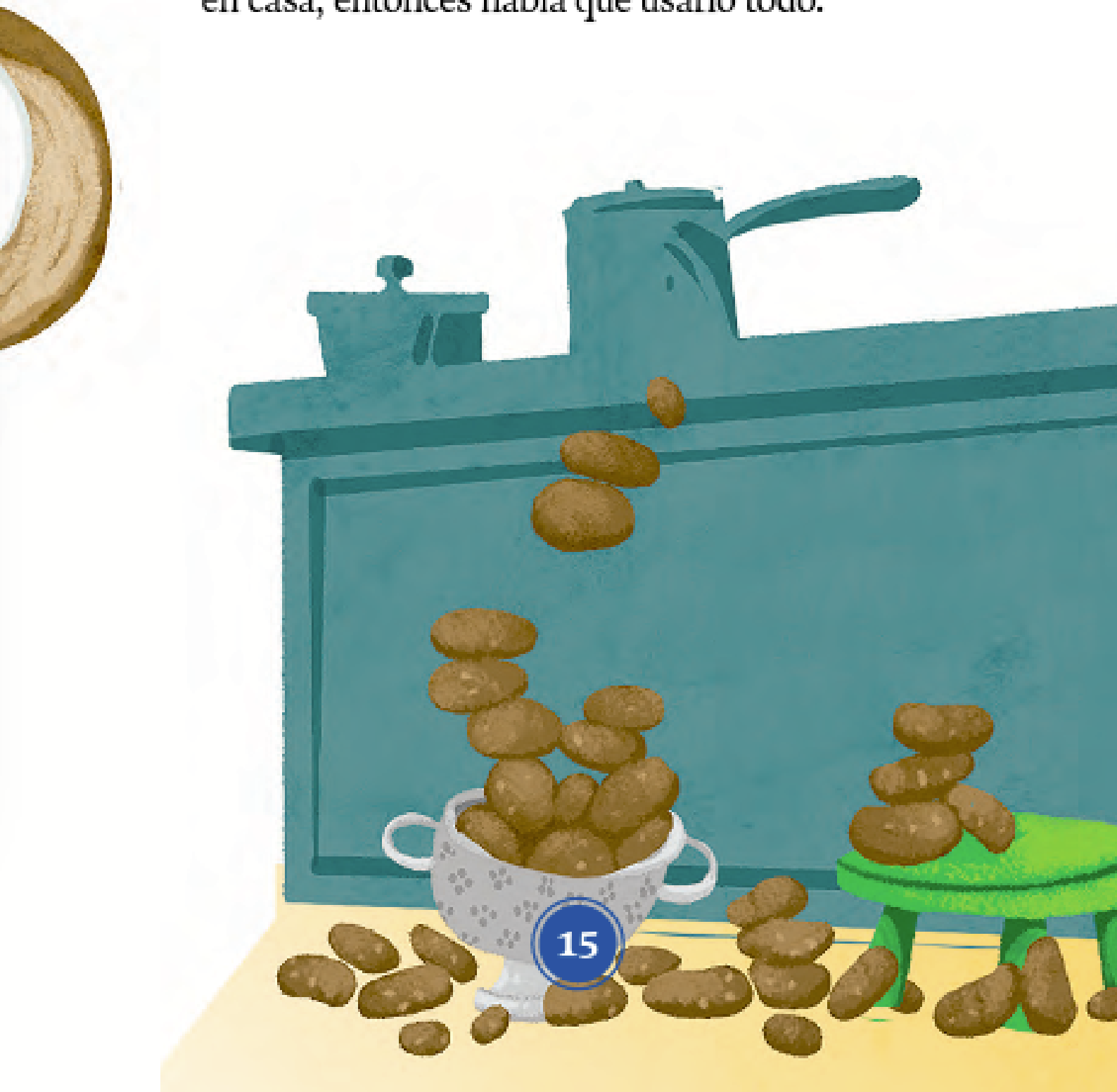
Ají morrón

Aceitunas

Carne picada

Huevos duros

Y como si fuera uno de esos señores que trabajan de chef en la tele, comencé a preparar la comida. Mientras le explicaba al público imaginario el "paso a paso", me di cuenta de que en la receta no había cantidades, y se me ocurrió que, si papá pensaba hacer el pastel con lo que había en casa, entonces había que usarlo todo.



Así que pelamos muchísimas papas... Tantas, que las hervimos en la olla donde mi papá hace el locro para el festejo del 9 de Julio en el club. Dije "pelamos" porque tuve una ayudita de mi hermano mayor, Julián, que va al último año de la secundaria, pero que de cocina no entiende ni jota, así que aceptó feliz la propuesta de que yo fuera el que cocinara. A él tampoco le gustan los ravioles.



Luego me ayudó a pisar las papas con un pan de manteca entero y un litro de leche. Freímos toda la carne picada, ¡mucha carne picada!, como 20 cebollas y cinco ajíes rojos todos cortaditos, y cocinamos 12 huevos.

Julián tenía puestos los auriculares conectados a no sé qué aparato tecnológico nuevo, y mientras me ayudaba, bailaba. De repente, se los sacó y me dijo:

—Rami, ¿no es mucha cantidad?

—No —le contesté muy seguro—, vos tranqui, yo soy el cocinero.



Creo que Julián tenía razón. En mi casa no había una asadera para poder armar un pastel tan grande, pero, como dice mi abuela: "Todo tiene solución". Tuve la solución. Corrí hasta la panadería de la vuelta y le dije a Rosita, la panadera:

—¿Me prestás una fuente grande?

Rosita siempre le pide a mi mamá que le dé inyecciones, que mamá le aplica y nunca le cobra, entonces contestó:

—¡Por supuesto, mi corazoncito! —Y sin preguntarme más, me dio la asadera en una bolsa que pesaba tanto como yo.

Llegué a casa arrastrando la bolsa. Julián estaba jugando en la compu, me miró y meneó la cabeza.

Le pedí ayuda y me contestó:

—Ahora no puedo, estoy jugando un partidito de fútbol con mis amigos.

¡¡¡Cómo entendí a mi mamá!!! Siempre le dice: "Julián, vivís en un mundo virtual".



"¡Ahora estoy en el horno! —pensé—, sin la ayuda de Julián no voy a poder hacer el pastel de papas". Fui nuevamente a la panadería, porque cuando mis papás trabajan y tengo algún problema, Rosita me ayuda; es que está muy agradecida con mi mamá. Así que una vez más corrí a verla.




PANADER

Primero me miró con cara de nada, luego con cara de preocupación, después con cara de "no sé qué hacer", y por último preguntó:

—¿Tan grande será el pastel? ¿Estás seguro, Ramiro?

¡Qué suerte que Rosita aceptó ayudarme con el pastel! Lo cocinamos en el horno de la panadería.



Cuando mi papá se levantó de la cama –por suerte, a la noche se sintió mejor– y mi mamá volvió del trabajo, cenamos... ¡en la vereda!

¿Por qué en la vereda?

Porque cuando Rosita vio que el pastel era tan grande, me dio una idea: invitar a los vecinos. Y como nuestra casa es muy pequeña, entonces pusimos mesas en la vereda.



En esa noche clara y veraniega, en la cuadra de mi casa hubo un gran banquete.

Con razón mi papá vuelve tan cansado de trabajar. ¡Cocinar te agota!



Una sombrilla a lunares





A ver... Cómo te lo cuento... Se me hace un poco difícil. Quiero hablar de mi papá. Para mí, no es el mejor papá del mundo. Te dije que no era fácil. Mirá, mejor empecemos por el paraguas. ¿Qué tiene que ver el paraguas? Ya me vas a entender.

En mi casa, todos teníamos un paraguas, pero el más grande, fuerte y protector de la lluvia era el de mi papá. Así que nadie temía que lloviera. Hasta ese fatídico día en que nos sentaron en el living (te cuento que, en mi familia, cuando te sentaban en el living era porque algo muy serio tenían para decirnos) y nos comunicaron que mamá y papá "se separaban". No te puedo explicar. Todo cambió en nuestras vidas. Papá se fue y el paraguas se fue con él.



Jorgito, mi hermano mayor, tenía un paraguas buenísimo, pero ni punto de comparación. El mío tenía amapolas naranjas y soles. Lindo, pero era tan chiquito, que si te tapabas la cabeza, te mojabas los pies. Y mamá ya no tenía paraguas, lo había perdido en el subte. Decía que se arreglaba con la capucha del piloto.

Imaginate qué situación: los días de lluvia para mí comenzaron a ser una pesadilla, siempre terminaba mojada con mi humilde "tapa pedazos".

Pero lo peor de esta historia era que papá venía a buscarnos cada quince días y, cosa del cielo, siempre llovía.

Él decía que eso estaba “piola”. Claro, si yo hubiera tenido un paraguas como el suyo, también me hubiera parecido “piola”. Pero no. Él en realidad lo creía, no por los beneficios de su “tapa todo”, sino porque esos días nos invitaba al cine.





Ahora, si de algo estoy convencida es de que a papá siempre le gustó la lluvia. ¿Sabés cómo me llamo? Rocío. No permito que te rías. Aunque te cause risa, ese es mi nombre. No, si para llovido, mojado.



Un día lloviznoso, después de ver una película, papá nos abrazó fuerte y nos dijo: "Mañana viajo a España". Ahí, truenos, relámpagos, hasta piedras cayeron en mi corazón. "España" me retumbaba en los oídos: "Es-pa-ña", "Es-pa-ña". De allá habían venido mis abuelos, y eran muchos días de barco, tan lejos, que era carísimo hablar por teléfono. Pero... a este buen hombre que es mi padre, ¿no se le podía ocurrir algo mejor? Primero se iba de casa y ahora, del país. Evidentemente, estaba loco, loco, reloco.

Y su boca seguía transmitiendo locuras: "Acá, no consigo trabajo". "Vamos a estar mejor". Lo decía como si nosotros también fuéramos en el viaje.

No lo podíamos creer. Pero así pasó. Se fue. Y en su ida, se olvidó el paraguas en casa.

La primera semana, cuidé el paraguas de papá. Hasta dormí con él en la cama. Sí, no te equivocás: con el "tapa todo" debajo de la sábana.

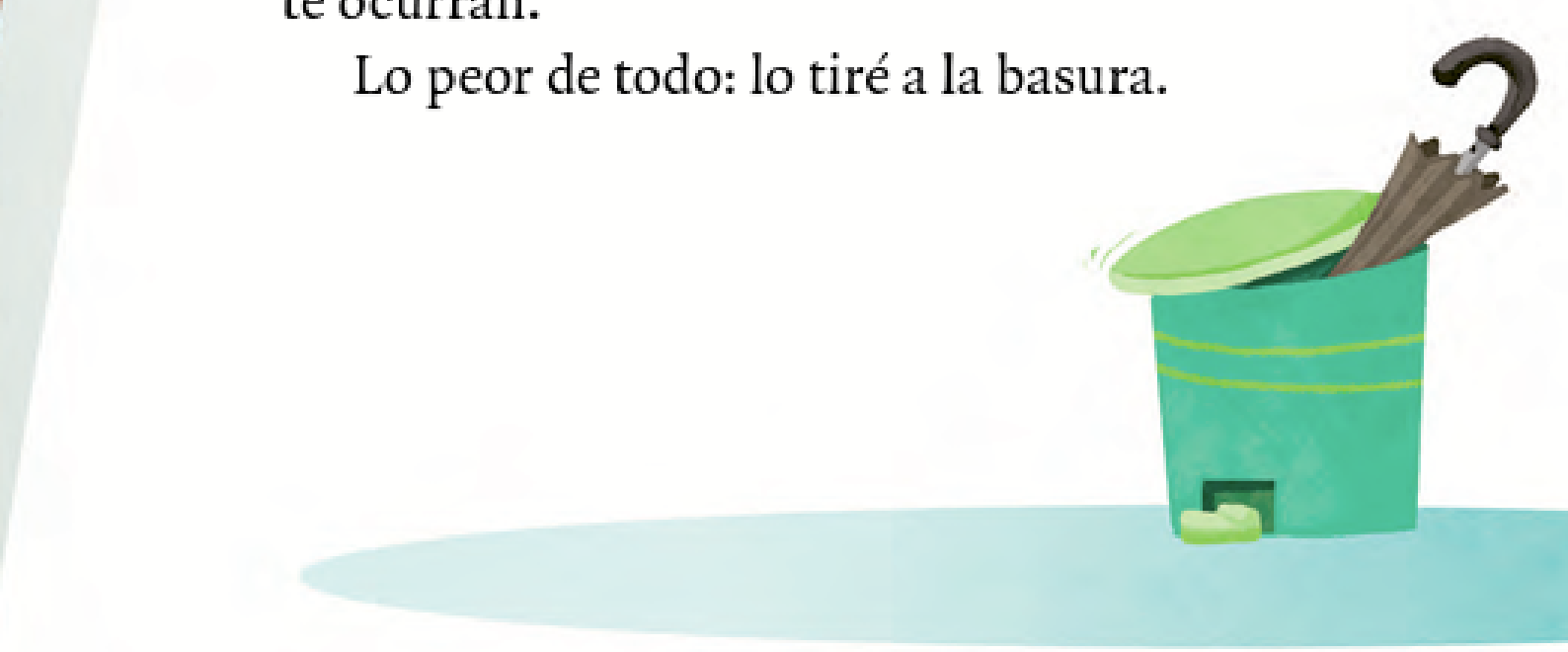


La segunda semana, lo dejaba en el sillón cuando me iba al colegio, para que no se sintiera solo. Si volvía tarde, lo abrazaba, por si me había extrañado.

La tercera semana, lo sentaba en la silla más grande a la hora de la cena y cuando me iba a bañar, lo colgaba del toallero.

Pasó un mes y de papá, ni noticias. Entonces una mañana me enojé y me peleé con el paraguas, lo pateé, lo tiré, lo estrujé, lo mojé con mis lágrimas y le grité: "Te odio", "sos el peor paraguas de todos", "feo", "horrible", "papa frita" y todas las malas palabras que se te ocurran.

Lo peor de todo: lo tiré a la basura.



Una noche de tormenta, el teléfono con su ¡Riiiiiiing! nos despertó. Mamá corrió a atender, y era papá.

—Sí, Jorge. Está bien, te entiendo, pero hace cuarenta días que te fuiste y no llamaste a los chicos —Mientras decía esto, mamá nos hacía gestos para que nos acercáramos a hablar. Mi hermano corrió, pero yo me metí debajo de la mesa. ¿Qué se pensaba? ¿Que ahora, así porque sí, aparecía y estaba todo bien? No. Conmigo le iba a costar caro, más de lo que valía el paraguas.



Cuando mi hermano Jorgito cortó, me dijo:

—¿Y vos, nena, que te quejabas tanto? ¿Por qué no hablaste? Papá dijo que mañana te llama. Hoy le dije que estabas dormida. Pero mañana no miento: si no lo atendés, le cuento la verdad.

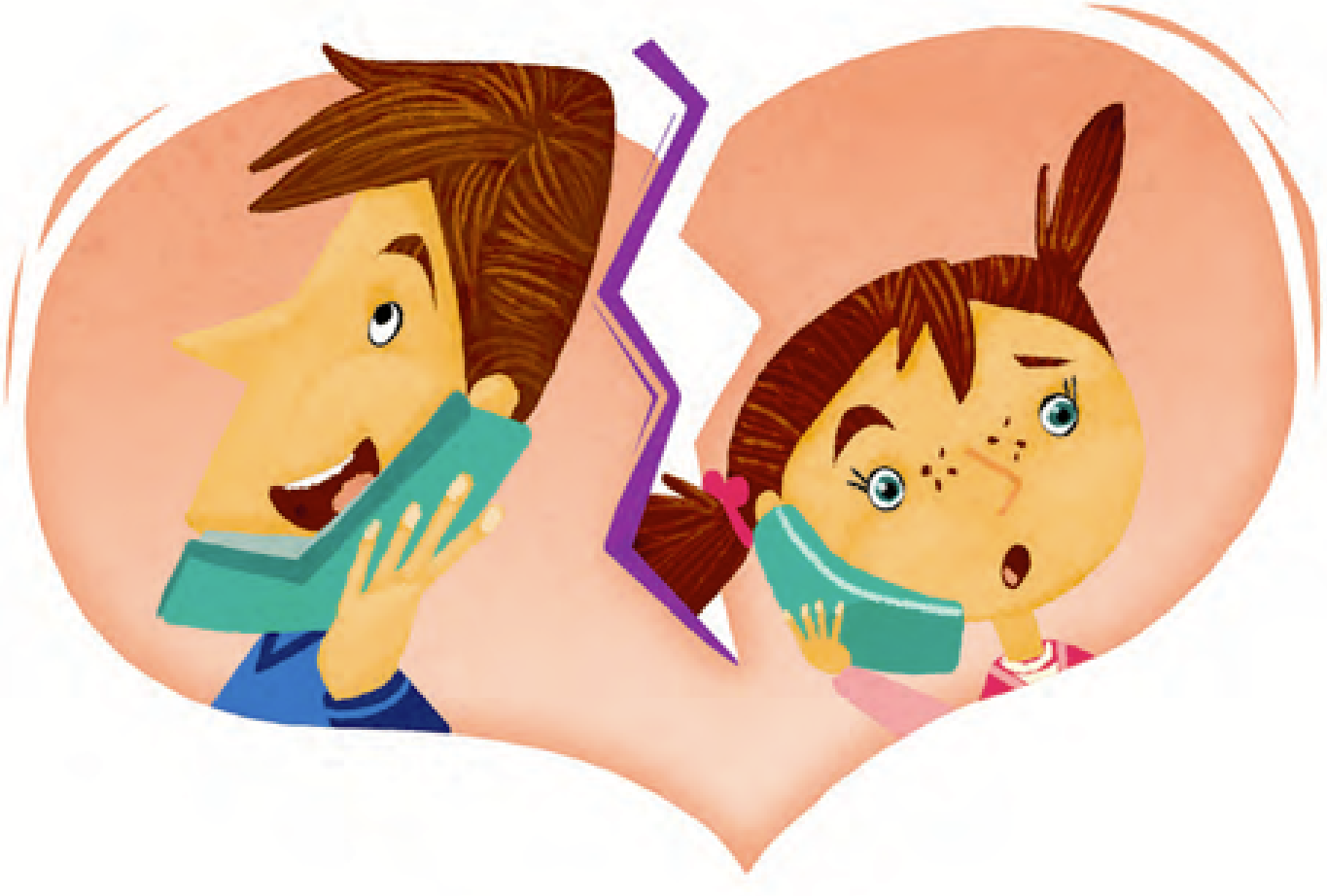
Lo miré y solo atiné a sacarle mi larga y enojada lengua. Mucho no le importó. Pero a mí, tampoco. Estaba segura de que papá nunca llamaría.

Me equivoqué. Al otro día llamó. Por suerte yo no estaba, me había ido a jugar con mi vecina.



Durante la semana encontré otras actividades. Por ejemplo: comprar el pan, pasear a mi perro, tomar un helado. Todas me sirvieron para no estar a la hora indicada. Tantas tardes de llamados no contestados empezaban a darme como una cosita en la panza.

Hasta que mamá me advirtió: "Si mañana no le hablás, arde Troya". No sé bien qué quiere decir "arde Troya", pero siempre que lo dice, algún reto viene cerca. Así que, al otro día y después de practicar en el espejo cómo atendería el teléfono –qué boba, como si me viera la cara cuando hablo–, me senté a mirar tele y esperar el llamado de papá.



¡Riiiiiiiiing! Ahí estaba el llamadito de papá, y yo también.

La mano bailaba "que atendía, que no, que atendía, que no, que atendía, que no" hasta que Sara (mamá, para los íntimos) salió de la cocina secándose las manos y me dijo:

—¿Contesto yo?

Te puedo asegurar que, si hubieras visto la cara de bruja que mostraba, vos también hubieras contestado.

—Hola.

—¡¡¡Hola, amor!!!

—¿Quién habla?

—¿Cómo quién habla? Papá, ¿ya no te acordás de mí?

—Ah, ¿qué tal?

No le contesté: "No. No me acuerdo de vos", porque tampoco podía ser tan mala.

—Tengo una gran noticia: el viernes estaré en la Argentina.

—¡Ah! ¿Venís a pasear?

—No, amor. ¿No te contó mami? Lamentablemente, no conseguí trabajo, así que vuelvo y voy a trabajar de nuevo en el quiosco del abuelo.

—Ah.

—Bueno, el viernes nos vemos en el aeropuerto. ¡Me muero por abrazarte!

—Ah.

No pienses que lo único que sé decir cuando hablo es "Ah", pero me sentía tan extraña con todo lo que escuchaba que no podía emitir otro sonido.

Primero: papá volvía.

Segundo: no había conseguido trabajo, se quedaba en la Argentina.

Tercero: quería abrazarme... Quería ¡¡¡ABRAZARMEEEEEEE!!!

Mi cuerpo comenzó a dar vueltas y vueltas, me reía sin parar. Mis carcajadas asustaron al gato, que se escondió debajo del sillón. Corrí a la cocina y le di un beso a mamá, subí las escaleras de la terraza y mirando al cielo grité:

–¡Mi papá me quiere abrazarrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrr!

Faltaban dos días para el viernes.

¿Qué le iba a decir del paraguas? Abrí la alcancía porque pensaba en comprar otro, pero si me alcanzaba para tres caramelos era mucho.

Busqué en el cuartito de cosas en desuso, a ver si encontraba algo que pudiera reemplazarlo. Pero no. Nada podía convertirse en un paraguas como por arte de magia.



Jorgito se acercó y me dijo:

—Yo sé qué estás buscando...

—No, nene, dejame tranquila.

—No pelees...

—¡¡¡Basta, Jorgito!!!

—Rocíoooo... Miráááá qué tengo acá —agitaba la mano, mostrando unos pedazos de alambre con forma de paraguas.



Salté como un tigre sobre su brazo:

—Dámelo, dámelo.

En el forcejeo, me quedé con la mitad de lo que quedaba del rotoso paraguas.

—Tomá, nenita. Pero ahora, ¿para qué sirve?

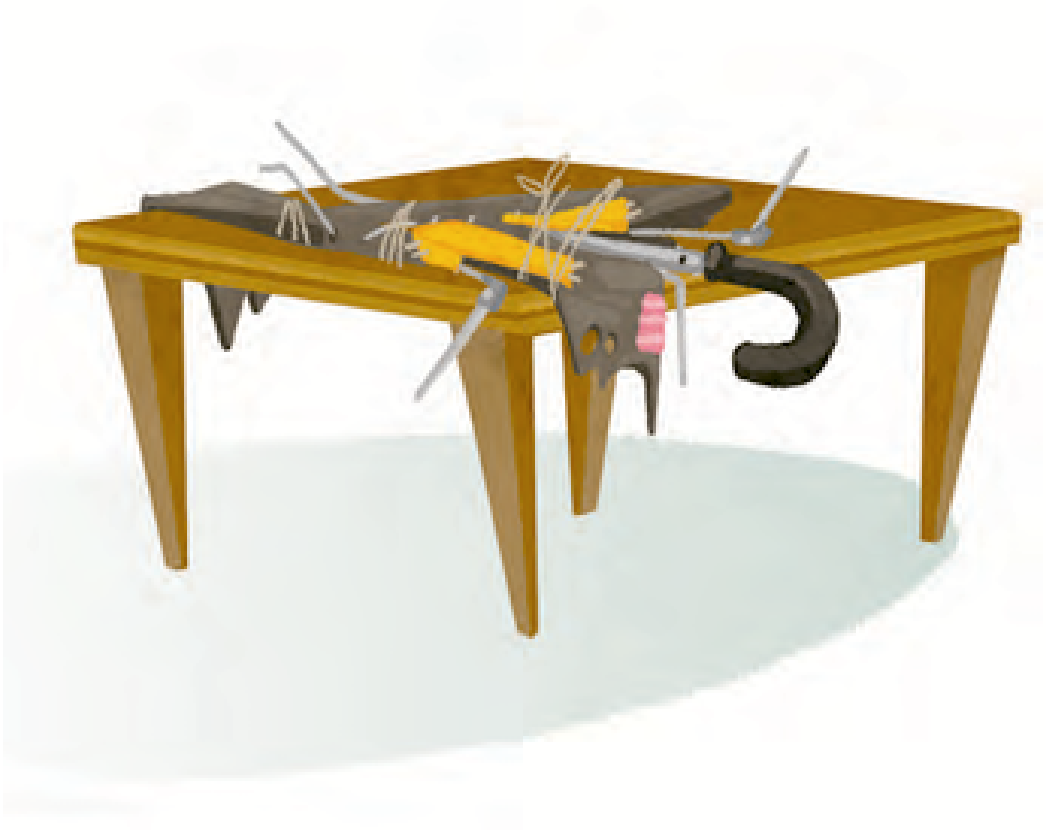
—Ya veré.



Cansada de luchar con el largo brazo de mi hermano, sentada en el piso, pensé cómo podría arreglar semejante desastre.

No pude. Aunque caminé por toda la casa, busqué telas, maderas, clavos, tornillos, martillos, no logré arreglarlo. Al final de la tarde, cuando quise abrirlo, se desarmó todo.

¿Te cuento el final?





Fui al aeropuerto con mis abuelos y Jorgito. Cuando papá me vio, no solo me abrazó, sino que me dio besos, me acarició el pelo. Dijo: "¡Te quiero y te extrañé tanto!".



Nunca explicó por qué había tardado tanto en hacer el primer llamado... Mejor, yo tampoco le expliqué cómo se arruinó el paraguas. Eso sí, llevé una sombrilla a lunares rojos, amarillos y naranjas para regalarle.

Y ¿sabés qué? Desde ese día, no llovió más cuando nos juntamos. ¿Será por la sombrilla? Bueno, no importa.

Mi papá no es el mejor del mundo, pero es "mi papá" y con eso me basta.